

## Los hijos que esperan

Linda Vanessa Fernández Tonone



Fui una niña que esperaba.

Mi mamá era maestra y se quedaba después de clase para ayudar a alguno de sus estudiantes en el avance de un tema. Les daba su atención, tiempo y paciencia. Era inevitable preguntarse: ¿Por qué ellos sí? ¿Por qué no viene por mí? Como cualquier niña, quería que mi mamá llegara a tiempo, que estuviera ahí, solo para mí.

Hoy entiendo que, mientras yo esperaba y acumulaba ganas de verla, ella sembraba lecciones de vida.

Mi percepción del mundo está entrelazada a mi mamá y al sabor de nuestros días de trabajo: atún con galletas saladas, las más baratas, las que alcanzaban para esperar hasta llegar a casa. Avanzábamos por las calles de Saltillo entre cajas de jugos, resguardadas en la parte trasera de la combi, intentando convencer a las tienditas de apostar por un producto nuevo. Mi mamá negociaba con firmeza y sonrisas; yo aprendía a insistir, quedarse, volver a tocar la puerta.

Crecí trabajando con ella. Mientras mis hermanos dormían o hacían planes típicos de adolescentes, yo abría el pequeño Super 8. Me pesaba ser la única hija que la acompañaba. Me quejaba, renegaba, pero siempre volvía al mostrador, donde pasaba horas reconociendo a la gente por su manera de entrar, por cómo pedían lo que necesitaba, por la revista de espectáculos que compraba, o por el número de cigarros que podía consumir.

El súper estaba en la colonia República, entre la calle Reynosa y Nava; ahí siempre hubo una comunidad de estudiantes que rentaban cerca. Si me veían sola, pasaban a saludar, como diciendo: Aquí estoy por si ocupas algo. Y un grupo particularmente deslumbrante de jóvenes, los Tiny Toons, se reunía en nuestro estacionamiento. Mi mamá, que ya no era maestra pero no podía evitar “dar clases”, aprovechaba para regañarlos:

—Sus mamás no batallaron eligiendo nombre, ¿verdad?

Se quedaban callados.

—Porque todos son güeyes, es el único nombre que usan entre ustedes.

—Ay, Doña Vicky...

Hasta en la broma había cariño, atención y confianza.

Mi mamá se cuidaba a sí misma por su comunidad: Siempre elegante, repetía. No hablaba solo de la ropa, sino de la disciplina de arreglarse: el pelo, las uñas pintadas, el perfume que se quedaba flotando después de un abrazo. Para que las personas que te rodean tengan tu mejor versión. Uso una pashmina que fue suya y siento que me acompaña, no es solo una tela, es su filosofía.

A veces descubro que he heredado sus gestos.

Entre mucha gente, cuando buscaba mi mirada, fruncía apenas la nariz y sonreía. Una contraseña diminuta de dos. Hoy lo hago con mis hijos, igual que ella hacía conmigo.

Cuando conocí a quien ahora es mi esposo, renuncié al mini súper. Me dejé ir hacia ese amor joven que todo lo quiere abarcar. Mi mamá insistió, casi suplicó, que no dejara el negocio: Los clientes vienen por ti, decía, como si yo también fuera un producto estrella. Pero me casé y me dediqué de lleno al hogar. En ese silencio que imaginaba romántico encontré otra cosa: me ahogué.

La casa tenía paredes, y las paredes escuchan, pero no contestan.

Regresé al trabajo, ahora en un ámbito público, y volví a estar entre gente. Ahí entendí una verdad de raíz: mi mamá, maestra de profesión, también dependía de esa interacción constante. De niña, yo no soportaba que ella dedicara tanta energía a otros. Años después, rodeada de personas, lo comprendí: cuidar era su vocación. Y también sería la mía, aunque me resistiera.

Cuando eres hija esperas por tu mamá, pero también creces esperando no repetir sus errores. Sin embargo, en el inventario de características que quise evitar, está una que ahora reconozco: soy la que llega tarde.

Soy la que no puede estar siempre en casa.

Soy la que, como ella, cuida a otros primero.

Mis hijos también aprendieron a esperar. No porque no los quiera, sino porque el cuidado a veces significa sostener a quien está frente a ti, aunque alguien que amas te espere un poco más.

Miro hacia atrás y veo que mi mamá estaba preparando mi camino sin que yo lo supiera:

Siempre ayuda a una persona mayor.

Regresa un saludo, aunque no recuerdes al remitente.

Pregunta en qué puedes servir.

Hoy, mientras mis hijos me buscan con la mirada y les devuelvo ese gesto heredado, comprendo que ahora ellos aprenden lo mismo: que en esta familia cuidar también es una forma de amor, que a veces llega tarde, pero llega.